

y si aun así ponen mala cara los dueños, se quemian las casas.

Reunió á los principales comerciantes en aquel mismo portal recibiéndoles como habia estado, en calzon blanco. Se trataba de exigirles una cantidad fuerte en pesos y les dijo:

—Si á la media noche no está disponible todo el dinero con las mulas para cargarlo, los fusilo á Uds. y mando arrasar la poblacion.

La llegada de Simon Gutierrez y Rochin con los setecientos bandoleros que mandaban, vino á aumentar los horrores de aquella noche, pues en seguida se dispersaron por la ciudad cometiendo los mayores excesos.

La diligencia seguia ardiendo en un extremo de aquella gran plaza sin que ningun curioso se atreviera á aproximarse á presenciar el auto de fé; pero á la luz del incendio se veian grupos de bandidos entrar á las casas y saquearlas, cometiendo tantos crímenes como no puede suponerse la imaginacion. En el resto de la ciudad los vecinos encerrados en sus casas esperaban temblando la visita de los terribles malhechores. De cuando en cuando se escuchaban tiros de mosquete, señal segura de que se estaba matando á los desgraciados que se atrevían á defender el honor de sus familias.

Fuera de la plaza la oscuridad era profunda en el resto de las calles y nosotros mismos teniamos que andar en grupos y con pistola en mano para atravesarlas.

Fué aquella una verdadera noche triste para la ciudad de Zapotlan.

CAPITULO XI.

CAMINO DEL GOLGOTA.

Generalmente nos alojábamos al lado del Gobernador de Colima, el Dr. Valadez que era su pariente, el comandante Crispin Medina y yo como jefe de su Estado Mayor y su secretario. Los tres escandalizados hasta un punto difícil de concebir, por las escenas repugnantes que estaban teniendo lugar en Zapotlan en aquella terrible noche, nos propusimos hablarle en términos claros cuando llegara de visitar los cuarteles.

Luego que entró al cuarto que ocupábamos, tomé yo la palabra y le dije:

—No puede verse con indiferencia lo que está pasando.

—Yo mismo que conozco á Rojas, estoy asombrado, contestó; pero ¿qué quieren vdes. que haga?

—Fusilar á ese monstruo, dijo uno de los compañeros.

—Fusilarlo! No es cosa tan fácil. Tiene mucha más fuerza que nosotros y si tal cosa intentáramos, nos haríamos pedazos unos con otros sin conseguir otro resultado.

—En su Brigada tiene jefes de orden y de vergüenza que gustosos nos ayudarian á desembarazarnos de ese hombre.

—Les hablaremos.

—Yo respondo de ellos.

—Verdaderamente, nos dijo, ni vdes. ni yo tenemos responsabilidad ninguna en lo que está pasando. Yo soy el gobernador de Colima y nosotros estamos en Jalisco, ¿por qué no pone remedio el gobernador de Jalisco?

—No tiene fuerza para hacerse respetar.

—Que me hable y tal vez nos pondremos de acuerdo.

Nos fuimos en el acto á ver á Herrera y Cairo, pero Herrera y Cairo estaba encerrado en una pieza y no se le podía hablar. Aquel jóven valiente, atrevido, audaz hasta lo inverosímil, aquel jóven tan inteligente como honrado, aquel jóven tan patriota, tan buen amigo, tan lleno de todas las buenas cualidades, tenia sin embargo un defecto que las echaba á perder todas: el de embriagarse á la mejor ocasion.

Ese vicio fatal fué el que tuvo la culpa un poco más tarde de que pereciese prematuramente un hombre que estaba llamado á un gran porvenir: esto por

lo menos nos refirieron los que presenciaron lá escena de la Quemada, en donde fué muerto. ¡Descanse en paz!

Completamente desalentados en nuestras tentativas para que se pusiera fin de algun modo á aquella situacion y con la conciencia de que se estaba deshonorando nuestra causa con aquellos desmanes, pensamos en la fuga, pero bien pronto nos convencimos de que esto era imposible, porque ninguno de los caminos se hallaba cubierto por la brigada de Colima sino por los galeanos de Rojas que estaban robando y asesinando por todos lados. Además estaban llegando todavía diversos destacamentos de los de Simon Gutierrez que eran fascinerosos más temibles que los galeanos. Al amanecer el dia siguiente humeaban todavía los restos de la diligencia, el cochero estaba colgado en la orilla de la poblacion, las autoridades recogian algunos cadáveres de las calles y en estas quedaban algunas huellas del pillage; pero como los bandidos dormian, parecia reinar una poca de más tranquilidad.

Los ricos habian aprontado el dinero que se les habia pedido, y como Rojas era avaro por naturaleza, se puso de magnífico humor luego que ya pudo acariciar con sus propias manos unos treinta ó cuarenta sacos de á mil pesos.

Aprovechando esa coyuntura y cuando ya montábamos á caballo para dirigirnos con parte de la fuerza á Sayula, le dije:

—¿No seria conveniente poner libres á esas personas que se redujeron anoche á prision?

—Cuales personas? me preguntó.

—El Lic. D. Jesus Bernal, el Lic. Tagle, el administrador de Correos y tantos otros que fueron metidos en la cárcel.

—Yo no dí orden de que se aprehendiera á los imperialistas sino de preferencia á los que se llaman nuestros.

—Por esos es por quienes yo abogo.

—Mire D. Julio, dijo Rojas riéndose con ganas, será bueno que deje ir á su secretario con el imperio.

—Por qué? le pregunté.

—Porque vd. no está bueno para el desorden, y la revolucion lo necesita.

—Creo que no hay necesidad, por ejemplo, de mortificar á nuestros correligionarios y lo son la mayor parte de los que están presos.

Rojas lanzó una carcajada.

—Digo bien; ¿por que se les castiga?

Rojas se puso entonces muy sério y me dijo en un tono solemne que me asombró:

—Esta que estamos sosteniendo es una guerra nacional en que no puede haber más que dos partidos: el de los imperialistas y el de los liberales.

Los liberales son los que se hallan con las armas en la mano, como debieran hallarse todos los mexicanos, defendiendo la independencia. Todos los que se encuentran capaces de sostener una arma, y no lo hacen, son traidores, aunque ellos vengán á engañarnos diciéndonos que son liberales. ¿Acaso nosotros tenemos más obligacion que ellos de exponer nuestra vida y de estar pasando trabajos en la campaña?

Pues qué! hemos nosotros de estar luchando cons-

tantemente, hemos de estar haciendo toda clase de sacrificios, hemos de perecer tal vez en los combates, mientras que los demás que son tan mexicanos como nosotros están metidos en las poblaciones viviendo con toda tranquilidad? ¿Esos no han de sufrir nada? ¿Y qué resulta despues de todo esto? Que nosotros, los que escapamos á la muerte, vamos á entregar á esos pacíficos el trofeo de la victoria, y ellos, que no han expuesto ni una uña en las contiendas, serán despues los que nos manden y los que tengan derecho hasta de formarnos causa y de llevarnos al palo. Por eso ven vdes. que me ensaño contra estos pacíficos que dicen que son liberales y no lo prueban con los hechos, sino que esperan debajo de la cama á que pase la bola, para luego presentarse de los primeros á servir los mejores empleos. No, licenciado, esos no son liberales, esos son *convenencieros*.

Al decir esto picó su caballo y fué á colocarse á la vanguardia de la columna.

Mutatis mutandis, se repitieron las mismas escenas en la hermosa poblacion de Sayula: el comercio dió su dinero, las mujeres su honor y los pobres sus caballos.

Ya ascendia el número de los hombres tomados de leva á unos mil quinientos, para lo cual fué necesario dejar asolados pueblos y rancherías, aunque en lo general se carecia de armas y municiones y habia que montar á los presos para convertirlos en caballería.

A los que les tocó caminar pié á tierra, despues que se organizó la columna, una vez decidido el ataque de la ciudad de Colima, fué á los liberales que se tomaron *prisioneros de paz* tanto en Sayula como en

Zapotlan. Poco á poco fuimos consiguiendo que se les dejara montar á caballo y poco á poco fuimos proporcionándoles la manera de escaparse.

Se me pasaba decir que lo primero que habia hecho Rojas despues de nuestra llegada á Zapotlan, era mandar que se imprimiera la copia que tenia firmada del plan sangriento acordado en la hacienda de Zacate Grullo. El trabajo de la impresion se quedó allí pendiente para que se nos remitieran diez mil ejemplares que habian de circular por toda la República.

El aspecto de nuestra columna de marcha desde Huescalapa hasta Zapotiltic, era digno de llamar la atencion: de buena gana hubiera querido que un fotógrafo sacara aquella vista. En realidad, la columna se componia de unos tres mil hombres de combate, pero iban allí más de ocho mil personas, ocupando una extension de cinco leguas. El número de mujeres que iban allí á caballo y á pié era superior al de los hombres. Cada oficial de Rojas llevaba un estado mayor, y hasta los soldados llevaban ordenanzas que les estiraran sus caballos de mano, porque no se habia dejado un solo caballo en ranchos, haciendas y poblaciones. Por supuesto que el desorden de aquella marcha era espantoso: mezcladas entre los cuerpos iban las mulas cargadas con los equipajes, los caballos de mano y las mujeres, lo cual hacia que cada escuadron ó batallon ocupara media legua. No habia ni piezas de artillería ni carros, y sin embargo, no podia decirse que aquella fuera una columna lijera, pues que en caso ofrecido no podria hacer movimiento alguno,

y 100 hombres bien disciplinados eran más que bastantes para derrotarla.

El coronel *Rochin* con doscientos hombres tomó el camino directo para Colima por las barrancas de Atenquique y el Platanar. El grueso de las tropas siguió un camino lateral por Tuxpam para ir á salir á Tonila: el objeto de este movimiento era engañar al enemigo, aunque el enemigo, á decir verdad, bien poco se ocupaba de nosotros.

En Zapotiltic tuve la honra de encontrarme sentado á la mesa frente á frente de Simon Gutierrez, de Rojas y de otros esforzados capitanes.....de bandoleros. Se dijeron mil cosas muy agudas en la conversacion referentes á las hazañas que se habian verificado en Zapotlan y Sayula.

El aspecto de Simon Gutierrez era más bien simpático que repugnante. Tendria á lo sumo unos veintiocho años de edad, moreno, de ojos negros y vivos, de poca barba y de cuerpo derecho, más bien delgado que grueso, aunque de fuerte constitucion. Era el reverso de Rojas, pues que este además de ser muy trigueño, la forma de la barba que se dejaba en toda la cara, la circunstancia de faltarle algunos dientes, su voz ronca y su mirada no solo desapacible sino feroz, hacian de él un tipo repelente. Por lo demás, la fisonomía y el porte de Rojas eran más abiertos: miraba de frente sin inmutarse, mientras que Simon Gutierrez se echaba el sombrero sobre los ojos ó bajaba la vista sin quererse nunca encontrar con la mirada de las otras personas. Además, Rojas hablaba con suficiencia, como quien tiene la costumbre del man-

do, mientras que el otro héroe apenas alzaba la voz para decir una que otra insolencia.

Después del almuerzo, cada cual se fué á ocupar un lugar en la columna, que continuaba su marcha en el desorden más espantoso. Frecuentemente se oían disparos de pistola ó de mosquete sin que á los jefes llamara esto la atención. A mí sí me la llamó y procuré informarme de lo que aquello significaba: era que se ofrecían frecuentes disputas entre los soldados y oficiales por las mujeres y los caballos, que eran los que componían por entonces el principal botín. Se hacían de palabras y como iban armados y la costumbre era pelear por cualquier cosa, sacaban las pistolas y se disparaban á quema ropa, quedando algunos de los combatientes en el camino.

Seguramente Simon Gutierrez se excitó con la sangre derramada en aquellos combates singulares, pues lo ví dos veces sacar la espada y atravesar con ella á dos de sus soldados que habían abandonado la formación. Esto no se verificó en un acto, sino en dos diversas ocasiones que yo mismo presencié.

No solo iban quedando varios cadáveres á los lados del camino, por estas circunstancias que acabo de referir, también ví más adelante á una muger colgada de un árbol, y lo mismo á un muchacho de diez y seis ó diez y ocho años: no sé quien de aquellos fascinerosos cometería tales asesinatos, pues que separé con horror los ojos de tal espectáculo y me adelanté de la columna con grandes trabajos para no presenciá más infamias.

Como la columna no iba compacta, sino que había

entre cuerpo y cuerpo claros hasta de dos leguas, tuve oportunidad de ver los restos de otras escenas espantosas y eran las rancherías y haciendas que estaban al paso, completamente saqueadas. Hasta los asientos de los sofás y los colchones hacían pedazos buscando tesoros escondidos, sin que se escapara nada de lo que pudiera ser susceptible de llevarse.

Por la tarde, al pillage comenzó á suceder el incendio. Aquellos desalmados luego que no encontraban que robar, prendían fuego á los graneros y á cuanto no podían echarse á las maletas, de suerte que el resto de nuestro camino, lo mismo que nuestro campamento en aquella noche, fueron alumbrados por la luz del incendio. Todas las trojes llenas de maíz y de otras semillas, lo mismo que de pasturas, eran incendiadas sin misericordia; y para hacer ese mal gravísimo los soldados, por instinto feroz y sin orden de nadie, se apartaban hasta cinco leguas del camino para llevar por todas partes el robo y el incendio.

Aquella fué una segunda noche triste: acampamos en una preciosa llanura rodeada de ranchos y haciendas. En vez de abrigarnos en las casas, se les prendió fuego á todas y nos acostamos, entre tanto, en el suelo para procurar dormir al calor del incendio.

Todavía hubo otros horrores que la pluma se resiste á describir, en aquella terrible expedición á Colima, que forma la época más aciaga de mis recuerdos.